

Era la madrugada del 16 de Septiembre de 2009. El cielo estaba completamente despejado, iluminado por la luna y las estrellas que se perdían con el espectáculo de fuegos artificiales. Era como ver estrellas de color verde, blanco y rojo que después de resplandecer e impresionar a la multitud, lentamente se desvanecían. Las mujeres vestían vestidos tricolores; mientras los hombres andaban con el sombrero bien puesto y las botas ajustadas. Todos disfrutaban bailando música del puerto de Veracruz, bebiendo tequila de Jalisco y comiendo un extenso menú de comida típica mexicana el cual incluía tostadas, enchiladas, guacamole y quesadillas. Los niños corrían persiguiéndose con pistolas de juguete; haciendo una representación de la guerra de la independencia de acuerdo a como ellos la interpretaba. Las niñas, por su parte, jugaban lotería, serpientes y escaleras o simplemente platicaban del convivio que en sus escuelas habían celebrado el día anterior. La velada prometía ser un gran recuerdo para toda la ciudad de Puebla. De norte a sur, de este a oeste, todo era alegría y diversión; excepto por una sola persona.

Es aquí donde comienza la historia de Horacio, un chico que nunca festejaba los días patrios. Cada año se amargaba el día; mientras su familia gozaba de la fiesta en la ciudad. Él se quedaba en casa viendo alguna película de Spiderman, de Superman o viendo alguna tontería cotidiana de MTV. Todos le solían preguntar por qué no salía a gozar de estos días. “Festejar el día de la independencia es de nacos”, era siempre su respuesta. Su apatía hacia las fiestas patrias y su gran amor por las cosas extranjeras, le dieron el apodo de “El Malinche”.

Sin embargo, este día en particular estaba aburrido de ver siempre las mismas películas y en MTV repetían una y una y otra vez la misma serie churra; así que sin pensarlo dos veces tomó su chamarra de Mickey Mouse y decidió salir a caminar.

—¿Hacia dónde ir? —fue su pregunta—. Sabía bien que si caminaba hacia la ciudad encontraría los festejos del día 16 y eso le molestaría. Lo que más deseaba en esos momentos era escapar de todo lo relacionado con la independencia; así que caminó hacia el lado contrario a la ciudad, hacia los cerros, donde no se veía ni un sólo cuete, ni un sombrero, ni una sola falda tricolor que lo hiciera recordar qué día era.

Estuvo caminando cerca de 15 minutos sin ver una sola casa. Sin embargo, no temió, pues estaba consiente de que su casa se encontraba a la orilla de la ciudad y que ya quedaba cerca del campo; así que simplemente dio la vuelta y caminó de regreso.

Tal vez el hecho de ser una celebración patria, la actitud negativa ante estas fiestas y que en el aire había un ambiente místico, debido a que se encontraban a mes y medio las fechas de todos santos, sean algunas de las razones para lo que “El Malinche” vivió ese día.

Mientras caminaba de regreso a su casa, su vista se empezó a nublar y comenzó a sentir frío. Una niebla lo empezaba a rodear; por eso decidió acelerar el paso hasta correr. Su desesperación comenzó a aumentar, su respiración era más agitada, no vio la piedra que estaba delante de él y tropezó.

Ya en el suelo, desesperado movió su cabeza en busca de alguna casa que le hiciera sentir que ya estaba de vuelta en la ciudad, pero su búsqueda fue en vano y lejanamente comenzó a percibir un sonido: “Din... don.... din.... don....”, era el canto de una campana, pero no era el único sonido que rompía el silencio de la pradera, pues al parecer quien la tocaba, gritaba firme y con furia algunas palabras. Horacio se concentró para intentar oír lo que decía “alguien ya me está buscando”, pensó él. Su desconcierto aumentó cuando entendió lo que la voz gritaba: “¡Viva la Independencia! ¡Viva la América! ¡Muera el mal gobierno!” —fue lo que logró escuchar—. “Algún señor fiestero pasado de copas”, pensó. Se levantó con torpeza y continuó caminando intentando ser indiferente ante la bruma.

Cuando la niebla se empezó a desvanecer, Horacio se sintió confundido, pues había llegado a un lugar que no conocía; de hecho, nunca había visto casas estilo colonial a las orillas de la ciudad. — ¡Caray!, encontré un atajo al centro —se dijo sarcásticamente—; pero había algo fuera de lo normal: no había luz en las casas y la calle era débilmente iluminada por dos faroles.

Horacio escuchó que a lo lejos se acercaban unos caballos, miró hacia la dirección donde le parecía que venía el sonido. Impresionado, vio todo un ejército que cargaba antorchas, armas de punta e inclusive fusiles. El grupo de personas se detuvo frente a él.

El hombre que al parecer iba a la cabeza del ejército descendió de su caballo. Horacio quedó sin habla al creer reconocer a quién tenía de frente, pues él sabía que ese cabello

blanco, esa túnica negra, esa mirada valiente, dirigente y ese estandarte de la virgen de Guadalupe, los había visto antes.

—¿Quién eres? — dijo Hidalgo.

—¿Cura Miguel Hidalgo? — dijo Horacio.

—Sí, ¿quién eres y de dónde vienes?

—Mi nombre es Horacio y vengo de... —Horacio recordó su situación— no importa.

—Bueno, me temo que tendrás que venir con nosotros, nos han descubierto —dijo Hidalgo con tono amable—. Extendió la mano al muchacho y lo ayudó a subir al caballo.

—Tus ropas son extrañas muchacho —dijo el cura sonriendo.

—Sí, es que así vestimos de donde vengo.

Hidalgo continuó:

—Me inquieta mucho saber de dónde vienes, pero hay algo en ti que me dice que eres de confianza. Tu mirada me inspira tranquilidad. Es muy diferente a la de los jóvenes de por aquí; pues sus miradas únicamente reflejan miedo y angustia. Es por ellos que hago esto.

—¿Y no sientes miedo? —preguntó Horacio.

Un destello de amor iluminó el rostro del cura. —Sí, sí lo tengo, pero tengo más miedo de seguir viendo a las personas de mi pueblo sufrir. Todo esto es muy injusto. Me hiere ver el dolor en sus rostros y las llagas en sus manos siendo explotados día y noche.

—Con razón te aman y admiran tanto —dijo Horacio casi como un susurro.

—¿Quiénes? —preguntó Hidalgo.

—Olvidalo —dijo Horacio sintiéndose avergonzado.

—Sabes hijo, eres muy raro, hablas como si supieras de dónde viene esto y a dónde va.

—Es que... —pero Horacio no pudo terminar.

—¡Una emboscada!, hay hombres de la corona allá adelante —interrumpió uno de los insurgentes.

Los españoles que les cerraban el camino se abalanzaron hacia ellos.

—¡Debemos regresar! —gritó Hidalgo.

—¡No!, quedémonos a luchar —contestó uno de los insurgentes.

Hidalgo miró a Horacio y le ordenó: —¡baja del caballo muchacho y ocúltate!

Horacio acató la orden del cura y corrió a ocultarse atrás de todo el ejército, pero un español había logrado escabullirse entre los insurgentes, tomó a Horacio y lo intentó tomar como prisionero. Hidalgo se percató de esto y fue tras él.

—Devuélveme al muchacho —gritó Hidalgo.

—Renuncia a todo esto —contestó el gachupín—, quien acorraló al muchacho contra la pared y le apuntó con el fusil.

—Renuncia a esto —le repitió al cura, quien miraba preocupado la escena.

—¡No!, sigue adelante, yo soy sólo una vida, en tus manos está la vida de todo un país y miles de generaciones —exclamó Horacio.

Hidalgo escuchó las palabras del valiente muchacho, dio la vuelta y con una lágrima resbalando de sus ojos ordenó a su caballo que partiera.

El hombre vio con odio a Horacio, pues había hecho fallar su chantaje. Cargó el arma que desde un principio no estaba cargada y volvió a apuntar a “El Malinche”.

Frente al fusil, Horacio sintió que su destino ya estaba escrito. Recordó cómo había llegado hasta ahí: la niebla, la piedra con la que tropezó, su sentimiento hacia las fiestas patrias. Fue entonces que comprendió el porqué de los festejos. “Ellos tuvieron el valor de mirar por la boca del fusil, de romper las cadenas que sometían a toda una nación, de dar la cara por nosotros”, se dijo con voz débil, pero sus palabras fueron interrumpidas por el sonido del gatillo y el estruendo del disparo. Cerró sus ojos con fuerza. “Este es el fin”, pensó.

Cuando volvió a abrir los ojos, sintió que su cuerpo descansaba sobre una superficie dura. Una vez más se levantó con torpeza y a lo lejos miró las luces de la ciudad; estaba de regreso.

Caminó de vuelta a casa pensando en lo que había vivido o soñado esa noche. Entró a su casa “¿Ya habrán llegado?”, se preguntó. Al cerrar la puerta escuchó el motor del coche de su papá. Sorprendido miró el reloj y su impresión aumentó al descubrir que apenas había pasado media hora desde que salió de casa.

—Aún estás despierto —dijo su papá al entrar a la casa.

—Sí —dijo Horacio.

—Se ha perdido de otra fantástica noche mexicana señor Malinche —dijo su papá con tono burlón.

—¡Sí! —exclamó— pero podría apostar que hoy estuve más cerca de los héroes patrios que tú.

—¡Jajajaja! —se burló su papá— no creo, incluso te perdiste de una historia fantástica que nos contaron en una representación teatral en la ciudad.

—¿Ah sí?, ¿qué historia? —preguntó Horacio.

—Es una historia un tanto curiosa. Cuenta el relato de un niño misterioso que apareció el mismo día que Hidalgo dio el grito de dolores y dicen que cuando el niño fue capturado por los españoles, de la misma manera en que apareció, desapareció sin dejar rastro alguno.

Horacio sonrió y con orgullo contestó.

—Afortunado ese niño que tuvo de frente al padre de la patria Don Miguel Hidalgo.

FIN